

sugiere— podría llevar a una reflexión mayor acerca de lo que Dumézil llama la “función guerrera” entre los indoeuropeos, ya que ellos habían conocido ambas formas de guerra; la ordenada, que llevará a la formación de la falange y de la legión, y la desordenada, la de la hazaña individual.

Es evidente que muchos aspectos del análisis de Vidal-Naquet no se han presentado en esta reseña. Quede ella, a pesar de todo, como una invitación a la lectura escrupulosa de este bello libro.

Silvia AQUINO

HUGHES, J. D., *La ecología de las civilizaciones antiguas*, trad. Sara CORDERO de QUINTANILLA, México, Fondo de Cultura Económica, 1981 (Breviarios, 316), 270 págs.

A más de diez años de haber sido escrita, y a casi cinco de su aparición en español, la pequeña obra *La ecología de las civilizaciones antiguas*, de J. D. Hughes, conserva plenamente su validez pese a que, al parecer, entre los estudiosos de la antigüedad no ha germinado lo que podríamos llamar una nueva visión de la utilidad del pensamiento antiguo ante un problema plenamente actual como el del desequilibrio ecológico.

El opúsculo de Hughes se propone como un medio para entender “los antecedentes primitivos de nuestra crisis ecológica moderna” (p. 9). Para ello, parte del estudio de “la interrelación entre el medio natural y el paso de las civilizaciones” (p. 16), misma que aparece como una conclusión inevitable luego de observar, concretamente a lo largo y ancho de la cuenca del Mediterráneo, cómo se alinean ruinas que en su época fueron ciudades grandes e importantes y que hoy sólo están bañadas por el viento y el polvo del desierto.

El autor comienza, pues, con una exposición de tipo cronológico en donde privilegia, como temas de estudio: 1) la influencia del medio en el desarrollo de las civilizaciones, pero sobre todo, 2) las actitudes humanas con respecto a la naturaleza, y 3) el efecto de las civilizaciones sobre el medio natural. Por lo que se refiere a los dos últimos puntos, J. D. Hughes expone, a manera de premisa, cómo el papel de la humanidad cambió, de ser un hilo más dentro del ecosistema, en un modificador, a veces constructivo pero más a menudo destructivo, que usó y controló el medio para volverse la especie dominante por sobre todas las demás formas de vida. Según el autor, “cuando los seres humanos, a través de ac-

ciones individuales y colectivas, dañaron el ecosistema, se perjudicaron ellos mismos y llevaron su civilización a la decadencia, porque la existencia y el bienestar de las sociedades humanas depende de mantener el equilibrio con la naturaleza" (p. 41).

Dicho lo anterior, el autor procede a tratar de elucidar las actitudes que desde el paleolítico guardaban los hombres en relación con la naturaleza, así como la influencia real que éstos tuvieron sobre su medio. Es interesante observar que ya desde la época prehistórica, cuando un temor mágico más que religioso por la naturaleza se aunaba a un deseo de dominarla, el rumbo que toman los grupos humanos parece ser el de la depredación. Esto se ve con el uso que le dan al fuego, al provocar incendios para crear pastizales de pastoreo, o al cazar sin límite algunas especies hasta acelerar su extinción. Se cree que las primeras grandes llanuras fueron producto de estos incendios provocados.

Con el descubrimiento de la agricultura y la práctica del pastoreo el medio comenzó a cambiar más radicalmente, aunque con lentitud. Para cultivar los hombres empezaron a talar y a remover la vegetación de ciertas zonas, y los rebaños, en especial los de cabras y borregos, que devoran el follaje y los retoños de los árboles y arrancan el césped de raíz, contribuyeron a que después de miles de años esas zonas sean verdaderos desiertos.

Ahora bien, al surgimiento de las grandes civilizaciones el medio cambió todavía más. El desarrollo de la industria marítima y el comercio acarrearón la sobrexplotación de bosques y minas, mientras que el humo despedido por los hornos de cerámica enturbió el ambiente. Por otra parte, no poca influencia en ese cambio tuvieron ciertas actitudes de los pueblos hacia la naturaleza. De una visión de unidad con el medio que poseían los habitantes de las aldeas agrícolas neolíticas, y que todavía apreciamos en el poema hesiódico de *Los trabajos y los días*, las concepciones evolucionan y cambian de acuerdo con las creencias religiosas. Por ejemplo, Zoroastro llevó su dualidad bien-mal hasta la naturaleza, donde las criaturas que desgraciadamente fueron incluidas dentro de la esfera del mal se cazaban indiscriminadamente, inclusive como condena para expiar la culpa de los delincuentes.

Entre los mesopotámicos, que "tenían un sentido muy desarrollado para poder distinguir entre lo civilizado y lo salvaje" (p. 59), y creían que el esfuerzo humano debía estar encaminado a la domesticación de plantas y animales, todas las fieras que no podían ser domesticadas eran cazadas hasta la extinción. Una antigua leyenda donde Gilgamesh asesina a Humbaba, el salvaje protector de los bosques de cedros, y obtiene como premio la subyugación



de la naturaleza, da cuenta de un hecho ecológico: la destrucción de los bosques del Líbano, que durante siglos fueron explotados y exportada la madera a todas las tierras vecinas, incluyendo a Grecia y Egipto.

Dos actitudes especialmente parecen haber simbolizado ese poder destructor de la raza humana del que nos habla el autor en un principio: el deseo de coleccionar y la cacería. Ya fuese entre los babilonios, los egipcios o los romanos, ambas actividades eran más bien propias de los reyes y de los grupos dominantes. La primera parece haber tenido, entre otros fines, el de la domesticación, al menos entre los babilonios. La segunda se contempló como diversión, y se practicaba casi siempre indiscriminadamente; así se acabó no sólo con especies de fieras, sino con aves acuáticas y animales no feroces, como en el caso de Egipto. Pero el extremo lo constituyen los romanos, entre quienes las *venationes* o cacerías incluían espectáculos a todos los niveles de sadismo, desde "luchas entre animales acicateados y enloquecidos —por ejemplo entre un rinoceronte y un toro—" (p. 160), hasta luchas entre hombres desarmados, o muy poco armados, con fieras —en general se trataba de criminales condenados—, y masacres de números elevados de animales. Nos dice el autor cómo bajo Augusto se aniquilaron 3,500 animales en 26 *venationes*; o cómo Tito hizo perecer a 9,000 fieras en 100 días cuando la dedicación del Coliseo; o cómo Trajano celebró su conquista sobre la Dacia matando 11,000 animales. Fue así como muchas especies quedaron extintas.

Pero la otra cara de este tipo de salvajes espectáculos la constituía un enorme y organizado negocio de "cacería, captura y transporte", donde el gobierno romano cobraba un impuesto de importación de 2 ½ % y se hallaban inmiscuidos oficiales del ejército que inclusive llegaban a utilizar a los soldados para tales capturas.

No poca responsabilidad en tal visión utilitaria la tiene el espíritu práctico y avariento de los romanos, pero también la interpretación radical de las doctrinas aristotélicas, que son la base de "gran parte del pensamiento occidental sobre la relación de la humanidad con el medio natural" (p. 103). Según el filósofo, cuyo pensamiento era teleológico, todas las cosas existen para el fin para el cual fueron creadas; en el caso de los animales, ninguno carece de belleza porque todos cumplen sus propios fines. Pero, ojo, el fin de todas las cosas y de todos los animales es el bien de la humanidad, por lo que todos son instrumentos adecuados para el uso de los seres humanos, como sucede con la domesticación. De aquí no fue difícil saltar a la postura romana. En efecto, afirma el autor: "Aristóteles no habría justificado, por supuesto, el

mal trato a los animales o su exterminio sin sentido, pero una vez que quedó establecida su autoridad, el concepto de que las otras creaturas son de un orden inferior, y subordinado a las necesidades humanas, llevó obviamente consigo el corolario de que no tienen un fin propio y justificado y no les asiste, por tanto, ningún derecho independiente a la existencia" (p. 104).

Es curioso y grave, a un tiempo, que de un absurdo como el anterior se hayan derivado las relaciones de depredación hacia el medio, mismas que fueron heredadas por los europeos colonialistas que las trasladaron al resto del mundo.

Las anteriores son algunas de las actitudes dominantes que se adoptaron en la práctica en relación con el medio ambiente. A lo largo de la obra, empero, el autor expone muchos otros elementos conceptuales y creencias de los antiguos pueblos que se agruparon en torno a la cuenca del Mediterráneo, y a continuación describe los efectos que sus diferentes civilizaciones tuvieron sobre el medio. Y nos sorprende, en general, que muchas de tales creencias y concepciones fundadas en sus religiones casi coincidan en un sentimiento de pleno y profundo respeto por la naturaleza que, según nos deja ver lo mismo Safo que Virgilio o los salmos bíblicos, despertaba en los hombres y mujeres ternura y deleite. Nos sorprende la inconsecuencia que hay entre tales concepciones, porque al pasar a los apartados donde se habla de los efectos sobre el medio natural, éstos han sido, invariablemente, nocivos y fatales para la naturaleza, trátase de los destruidos bosques griegos, o de las laderas deformadas por las minas, o de las erosionadas montañas judías. Y es que, como afirma el autor, "las actitudes no determinan por sí solas la conducta de una comunidad humana respecto del medio natural. Los pueblos cuya religión enseña a tratar al mundo como un lugar sagrado bien pueden hacer de él un escenario de deforestación y erosión, porque las buenas intenciones no son suficientes si no están acompañadas por conocimientos exactos sobre la naturaleza y su funcionamiento" (p. 227).

Así pues, aunque los pueblos antiguos no conocieron la radioactividad o los insecticidas, muchos y graves fueron los problemas que tuvieron que enfrentar por haber abusado de sus recursos y haberlos agotado. La destrucción de los bosques dio lugar al surgimiento de zonas pantanosas y marismas insalubres que produjeron los primeros brotes de malaria en Grecia. En el caso de Roma, el autor presenta tesis de que factores ecológicos como los cambios climáticos, derivados de la deforestación, y las epidemias jugaron un papel en la caída del imperio. Y no sólo eso: el agotamiento de las minas aceleró la inflación y trajo devaluaciones



constantes de la moneda romana; otro renglón es el envenenamiento por plomo, mercurio y arsénico que hoy se investiga para determinar el grado de concentración de plomo en huesos de sepulturas romanas; la insalubridad derivada de mala planeación urbana y el exceso de población, y otros problemas. En efecto, "si la tecnología romana afectó a la población en general con venenos industriales debilitantes a través de sus acueductos, en sus dietas, en la atmósfera, en los utensilios domésticos puede, en sí misma, ser postulada como una causa que contribuyó a la caída del imperio" (p. 203).

Ahora bien, en la actualidad nos hallamos sujetos a cambios mayores y mucho más profundos que en toda la historia que nos precedió, y debemos tomar como ejemplo a esos pueblos que no resistieron el enfrentamiento y sucumbieron. El destino de ellos podría ser el nuestro, sólo que esta vez a escala mundial. Finaliza el autor de este librito: "La historia antigua es una advertencia y un reto a nuestras actitudes, a nuestra capacidad para comprender, a nuestra competencia tecnológica y a nuestra voluntad para tomar decisiones de largo alcance. El reto persistirá, y la respuesta que daremos aún no está clara" (p. 236). No cabe duda de que el panorama es sombrío, pero aún estamos a tiempo para remediarlo. Dejemos que la antigüedad siga siendo fuente no sólo de obras maestras o de lecciones morales, sino de actitudes prácticas ante la vida. Y aprendamos no sólo de sus aciertos, sino también de sus errores.

Mariateresa GALAZ

PUBLIO VIRGILIO MARÓN, *Eneida*, trad. Joaquín A. PAGAZA, transcr., pról. y nots. S. LÓPEZ MENA, 2 vols., 242 y 255 págs., (Col. Cien del mundo), México, SEP, 1986.

La memorable versión métrica de la *Eneida* que Joaquín Arcadio Pagaza realizó a principios de este siglo, acaba de ver la luz pública a fines de 1986.

Esta obra maestra que Pagaza realizó durante sus años como obispo de Jalapa, en su mayor parte estaba inédita. ¿Por qué permaneció ignorada durante más de setenta años esta joya del humanismo mexicano?

Así sucedió todo: el pastor de la Arcadia romana y de la iglesia veracruzana había dado a las prensas el primer tomo de sus *Obras completas de P. Virgilio M. vertidas al cast. por Clearco Meonio*